

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector :

*Dr. Nabor Carrillo*

Secretario General :

*Dr. Efrén C. del Pozo*

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director :

*Dr. Francisco Larroyo*

Secretario :

*Juan Hernández Luna*

CONSEJO TÉCNICO DE HUMANIDADES

Coordinador :

*Dr. Samuel Ramos*

Secretario :

*Rafael Moreno*

## EDICIONES FILOSOFÍA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. Schiller desde México. Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
2. Agostino Gemelli. *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría*. Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.
3. Gabriel Marcel. *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*. Prólogo y traducción de Luis Villoro.
4. Carlos Guillermo Koppe. *Cartas a la patria. (Dos cartas alemanas sobre el México de 1830.)* Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.
5. Pablo Natorp. *Kant y la Escuela de Marburgo*. Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
6. Leopoldo Zea. *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*.
7. Federico Schiller. *Filosofía de la historia*. Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.
8. José Gaos. *La filosofía en la Universidad*.
9. Francisco Monterde. *Salvador Díaz Mirón. Documentos. Estética*.
10. José Torres. *El estado mental de los tuberculosos y Cinco ensayos sobre Federico Nietzsche*. Prólogo, biografía y bibliografía por Juan Hernández Luna.
11. Henri Lefebvre. *Lógica formal y lógica dialéctica*. Nota preliminar y traducción de Éli de Gortari.
12. Patrick Romanell. *El neo-naturalismo norteamericano*. Prefacio de José Vasconcelos.
13. Juan Hernández Luna. *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*.

14. Thomas Verner Moore. *La naturaleza y el tratamiento de las perturbaciones homosexuales*. Traducción y nota preliminar del Dr. Oswaldo Robles.
15. Margarita Quijano Terán. *La Celestina y Otelo*.
16. Romano Guardini. *La esencia de la concepción católica del mundo*. Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo.
17. Agustín Millares Carlo. *Don Juan José de Eguiara y Eguren y su Bibliotheca Mexicana*.
18. Othon E. de Brackel-Welda. *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*. Prólogo y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
19. Gibrán Jalil Gibrán. *Rosa El-Hani (novela) y Pensamientos filosóficos y fantásticos*. Breve antología literaria árabe. Traducidas directamente por Mariano Fernández Berbiela.
20. Luciano de la Paz. *El fundamento psicológico de la familia*.
21. Pedro de Alba. *Ramón López Velarde. Ensayos*.
22. Francisco Larroyo. *Vida y profesión del pedagogo*.
23. Miguel Bueno. *Natorp y la idea estética*.
24. José Gaos. *La filosofía en la Universidad. Ejemplos y complementos*.
25. Juvencio López Vásquez. *Didáctica de las lenguas vivas*.
26. Paula Gómez Alonso. *La ética en el siglo xx*.
27. Manuel Pedro González. *Notas en torno al modernismo*.
28. Francisco Monterde. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo*.
29. Federico Schlegel. *Fragmentos*. Invitación al romanticismo alemán, semblanza biográfica y traducción de Emilio Uranga.
30. Sergio Fernández. *Cinco escritores hispanoamericanos*.

31. Miguel León-Portilla. *Siete ensayos sobre cultura náhuatl.*
32. Wilhelm Windelband. *La filosofía de la historia.* Prólogo y traducción de Francisco Larroyo.
33. Claude Tresmontant. *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin.* Prólogo y versión de José M. Gallegos Rocafull.
34. Jesús Guisa y Azevedo y Ángel María Garibay K. *La palabra humana.*
35. Agustín Millares Carlo. *Apuntes para un estudio bibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar.*
36. Matías López Ch. *Estadística elemental para psicólogos.*
37. Juan Hernández Luna. *Dos ideas sobre la filosofía en la Nueva España. (Riviera vs. De la Rosa.)*
38. Christoph Martin Wieland. *Koxkox y Kikequetzel. Una historia mexicana.* Traducción y prólogo de la doctora Marianne O. de Bopp.
39. J. Winiecki. *Hebraísmos españoles. Vocabulario de raíces hebreas en la lengua castellana.*
40. Jorge Lukács. *Mi camino hacia Marx.* Introducción a la lectura de Jorge Lukács, selección, traducción y notas de Emilio Uranga.
41. Miguel Bueno. *Conferencias.*
42. Rogelio Díaz-Guerrero. *Tres contribuciones a la psicoterapia.*
43. Leopoldo Zea. *La cultura y el hombre de nuestros días.*
44. Juan B. Iguíniz. *La antigua Universidad de Guadalajara.*
45. Alicia Perales Ojeda. *Servicios bibliotecarios en Universidades.*
46. Juan Marinello. *Sobre el modernismo. Polémica y definición.*
47. José Gaos. *Sobre enseñanza y educación.*

48. Luis Couturat. *La filosofía de las matemáticas en Kant*. Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
49. José Gaos. *Museo de filósofos*. Sala del cartesianismo.
50. Fernando Calderón. *Muerte de Virginia por la libertad de Roma. Tragedia*. Estudio preliminar de Francisco Monterde.

MUERTE DE VIRGINIA  
POR LA LIBERTAD DE ROMA  
TRAGEDIA

FERNANDO CALDERON

---

MUERTE DE VIRGINIA  
POR LA  
LIBERTAD DE ROMA  
TRAGEDIA

Estudio preliminar  
*de*  
FRANCISCO MONTERDE

México, 1960

Primera edición: 1960

CLASIF.: .....  
ADQUIS. *F-27345* .....  
FECHA: *1962-1963* .....  
PROC. D. *21. N. A. M.* .....  
\$ .....  
.....

*PQ 7297*  
*C143 M8*

Derechos reservados conforme a la ley  
© 1960 Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*



FILOSOFIA

ACABA de cumplirse el sesquicentenario del nacimiento del poeta Fernando Calderón, que vino al mundo el 26 de julio de 1809, en la ciudad de Guadalajara, cuando todavía formaba parte de la Nueva Galicia.

Entre las obras teatrales menos conocidas del primer poeta romántico mexicano, figura su tragedia Muerte de Virginia por la libertad de Roma, que él escribió aún bajo el influjo de dramaturgos neoclásicos, antes de que se definiera como uno de los renovadores de nuestra literatura.

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, la incluye en esta serie, precedida del estudio del doctor Francisco Monterde, catedrático de la misma, como homenaje a la memoria de Fernando Calderón, en el 150º aniversario de su natalicio.

## LA TRAGEDIA DE FERNANDO CALDERON

### I

Quien recorre la historia de la literatura mexicana a través del siglo XIX, no sólo como lector que quiere conocerla sino con fines didácticos, para transmitir los conocimientos adquiridos y familiarizar a los oyentes con los autores de categoría, halla entre los problemas planteados por el primer romanticismo en México, los que se refieren a la vida y la obra de Fernando Calderón. Su biografía ofrece aún lagunas que la anécdota ha pretendido inútilmente llenar; permanece en parte velada por un halo, romántico también: la leyenda que Guillermo Prieto contribuyó a forjar, en *Memorias de mis tiempos*, y que Manuel Payno, quien pudo hacerlo como

prologuista de sus obras, no disipó con los datos indispensables.

Lo único que sabemos con certeza es que vivió Calderón —intensamente, como correspondía a un romántico— una existencia que abunda en contrastes: el buen camarada, que prodiga su ingenio en agudezas y sus recursos pecuniarios en obsequios; el valiente voluntario que se muestra generoso de su sangre al defender la tierra de los mayores, como dramaturgo parece ajeno a las preocupaciones de la gente con quien alterna, ya que sitúa la acción de casi todas sus obras de teatro, en tierras extrañas y épocas remotas. Sólo en una obra inconclusa, *Los políticos del día*, y en la comedia *A ninguna de las tres* presenta personajes mexicanos. En la segunda, con la que responde a *Marcela* o *¿a cuál de los tres?*, de Bretón, alude al afrancesamiento y critica la deficiente educación de las mujeres.

Al cumplirse el primer centenario de la muerte de Fernando Calderón, me propuse explorar los archivos, y fui a Guadalajara con el fin de desvanecer aquellas dudas que persistían, como la relacionada con el día de su nacimiento —acaecido en Guadalajara, Nueva Galicia, el 26 de julio de 1809— y la relativa al título de conde de Santa Rosa, que jamás perteneció al poeta ni a

su padre. Con el mismo propósito releí su obras, y entonces hallé que el escaso conocimiento de algunas de ellas había dado lugar a infundadas versiones que se han repetido varias veces.

No trataré aquí de su obra lírica, ya estudiada por Menéndez y Pelayo, quien afirmó que Calderón fue más bien poeta dramático que lírico, a la inversa de Rodríguez Galván, más lírico que dramático: enfocaré un aspecto del teatro de Fernando Calderón, el cual, juzgado en conjunto por los historiadores de nuestra literatura, suele decirse que no está conectado con el medio y la época en que lo produjo.

Como Rodríguez Galván presentó en sus dramas asuntos y personajes del virreinato, la crítica se ha creído obligada a dirigir reproches a Calderón, por no haber procedido en forma semejante. El maestro Altamirano escribió, en la primera de sus *Revistas literarias*: "Calderón, con su feliz imaginación y con su sentimentalismo, pudo haber ayudado al segundo a crear el teatro nacional; y no que fue a emplear sus dotes en resucitar asuntos caballerescos de la Edad Media, que ninguna utilidad podían traer, sino un fútil entretenimiento y un extravío del gusto,

o bien fue a buscar en la historia de Inglaterra un episodio que mejor inspirados habían ya trasladado al teatro algunos poetas europeos.”

Varios críticos, después, también lo censuraron porque prefirió situar en diversos países la acción de esas obras. Sin embargo, el nacionalismo no falta —no podía faltar en un auténtico romántico— en otras producciones de Calderón. Aun sin asomarse a las líricas, donde “El soldado de la Libertad” y “El sueño del tirano” son claras pruebas de esto, basta recordar las dos mencionadas comedias, en las cuales el mexicanismo de Calderón se manifiesta a través de las opiniones de algunos personajes. ¿Por qué sus obras dramáticas vienen a constituir una excepción precisamente?

Con anterioridad expuse mi parecer acerca de eso, en un estudio sobre Calderón y sus dramas, en el cual dije que se “sale del marco habitual en nuestro teatro, no sólo porque sus lecturas y preferencias le llevaron a otros países y otros tiempos —evasión romántica—, sino porque la situación política le impedía tratar en serio la actualidad, en su época. Al preferir, con sus dramas, refugiarse en el pasado, quiso manifestar sin traba alguna elevados sentimientos que no cabían en un presente mezquino. Procedió como

otro dramaturgo hispanoamericano de su tiempo: el argentino José Mármol, en *El cruzado*, cuando se expatrió durante la tiranía de Rosas. Calderón, además, cedió a inclinaciones temporales del público y de las compañías españolas que recorrían América, formadas dentro del medievalizante romanticismo europeo." Esto último fue escrito como justificación, no como exculpante, de la actitud del autor dramático, según trataré de confirmarlo con el examen de una evasión romántica que se descubre en la menos conocida de sus obras.

La incertidumbre que existe en torno a Fernando Calderón Beltrán, no se limita a los datos biográficos: llega a la bibliografía, que incluye títulos de obras inexistentes. Manuel Mañón, en su *Historia del teatro Principal*, le atribuye una de Scribe, *El vaso de agua*, por mala lectura de un párrafo de la *Reseña histórica del teatro en México*, de Olavarría, y otros le han seguido en ese error, aquí y en el extranjero.

Al enumerar las primeras obras que escribió, Rafael B. de la Colina, en las páginas que preceden a las obras de Calderón incluidas en la Biblioteca de Autores Mexicanos, dice: "por los

años 1826, 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió *Reinaldo y Elina, Zadig, Zeila, Armandina, Los políticos del día, Ramiro, Ifigenia y Hersilia y Virginia.*” El último de esos títulos, *Hersilia y Virginia*, corresponde a una obra impresa con título diferente.

En el tomo inicial de las obras completas de Fernando Calderón, que se publicó en Zacatecas en 1882, se halla incluida la tragedia *Muerte de Virginia por la libertad de Roma*, en las páginas 287 a 342. Entre sus personajes figura Isilio, prometido de Virginia. Quizás Calderón intituló primeramente su tragedia con los nombres de ambos personajes: Isilio y Virginia, y tal título fue sustituido más tarde por aquel con que la obra ha llegado a nosotros. Convenía advertir que, en vez del título supuesto, debe quedar el de dicha tragedia, *Muerte de Virginia por la libertad de Roma*, dividida en cuatro actos, en la cual, como es lógico, el autor sitúa la acción en la Roma antigua.

Se asemeja, por esto, a alguna de las obras del cubano-mexicano José María Heredia, como *Sila* o como *Los últimos romanos*, donde —tras la dura experiencia de la anarquía que siguió al imperio de Iturbide en los años iniciales de la

república— buscaba en el pasado una lección que pudiera aprovechar a nuestro país, según traté de explicarlo en mi estudio sobre *Los últimos romanos*. Si fue así, eso indicaría que Calderón no habría desoído, como no desoyó en otras ocasiones, los consejos de Heredia, crítico ejemplar e introductor del romanticismo en nuestra literatura.

La fuente remota del asunto que trata Calderón en su tragedia, está en las *Décadas* de Tito Livio. Quizás desde que seguía en la Universidad de Guadalajara la carrera de abogado, tuvo oportunidad de leer las *Décadas*; pero también es probable que el teatro de Alfieri lo familiarizara con el tema que desarrolla. Procede su *Virginia* de pasajes contenidos en el capítulo XI de las *Décadas*: “De la maldad que Appio Claudio, uno de los diez, intentó contra una virgen desposada, encendido en su amor, y cómo el padre de la doncella la mató antes que viniese en sus manos.”

Tito Livio refiere que cuando Appio Claudio —en el primer año del IV siglo de la fundación de Roma— permaneció allí para defenderla, se enamoró de Virginia, hija del guerrero Lucio

Virginio y prometida del Lucio Isilio, tribuno defensor del pueblo. Enloquecido porque ella rehusaba amarlo, ordenó a su servidor Marco Claudio que la reclamara, como sierva, afirmando que había nacido en su casa y era hija de una esclava suya. Pidió Virginia auxilio a los caballeros, quienes llamaron al padre, ausente en servicio de la república. El abuelo, Publio Numitor, e Isilio acudieron a defenderla. El segundo censuró públicamente a Appio Claudio, por haber suprimido "el socorro de los tribunos y la apelación del pueblo romano, que eran dos fortalezas para conservar la libertad". Appio Claudio repuso a Isilio que "alborotaba la república y sembraba discordias, por codicia que tenía del tribunado"; mas accedió a posponer el juicio, mientras llegaba el padre, a quien había mandado prender secretamente. Logró aquél escapar de quienes tenían orden de aprehenderlo, y se presentó vestido de luto, con su hija. Indignado por la sentencia que pronunció Appio Claudio, dijo a Virginia, al hundirle un puñal en el pecho: "Este es el único medio que tengo de darte la libertad, hija mía." Isilio y Numitor mostraron al pueblo el cadáver de Virginia; maldijeron a Appio Claudio por su maldad, y el pueblo, alterado, comenzó a alentar esperanzas

de que esta maldad cometida por Appio —dice Tito Livio— “sería causa de recobrar la libertad”.

En los capítulos siguientes de sus *Décadas* se ve que esas esperanzas eran fundadas: Isilio y Lucio Virginio levantaron a los caballeros contra Appio Claudio y quienes lo acompañaban en el gobierno, y lograron la caída de aquéllos y la elección de tribunos que los sustituyeran, al adoptarse de nuevo el gobierno consular, en Roma. El sacrificio de Virginia sirvió, por consiguiente, para que los romanos recuperaran la libertad que Appio Claudio les había arrebatado.

## II

Una situación como la que aprovechó Heredia con el propósito mencionado antes, serviría a Calderón para exaltar los sentimientos de libertad y amor a la patria, en aquellos días en que preludiaba el gobierno dictatorial de Santa Anna, por los años de 30, antes de que el poeta combatiese en la acción de Guadalupe. La tierra donde vivían los padres del dramaturgo, fue duramente castigada por el dictador, cuando se le enfrentó quien la había gobernado con acierto: Francisco García.

Su resuelta actitud quedó quebrantada al derrotar a las milicias de Zacatecas los veteranos de Santa Anna. Fernando Calderón, hecho prisionero al caer herido, iba a pasar después a México, al lugar que eligió para su destierro, y se consideraría, por eso, como una víctima del tirano. Vencido, humillado y desposeído debió de sentirse en condiciones análogas a aquellas en que se hallaban los habitantes de Roma, con Appio Claudio. A un romántico exaltado, como él, tenía que parecerle más dura aún la situación local, cuando Santa Anna, al mantener la unidad del país, acabó con la autonomía del Estado de Zacatecas, que se ufanaba de su libertad apoyándose en la minería, entonces próspera.

Petrarca recordó a Virginia, en dos tercetos de su "Triunfo de la castidad", y varios dramaturgos escribieron obras con el tema de su sacrificio. Entre los autores dramáticos que en diversos países y épocas aprovecharon ese pasaje de Tito Livio, se encuentran algunos en España —de Juan de la Cueva, en el XVI, a Tamayo y Baus, en el XIX—, y en Italia se contó Alfieri, que tanto influiría en varios de los dramaturgos españoles e hispanoamericanos.

Parte Alfieri, en el desarrollo de su tragedia *Virginia*, de un diálogo entre aquélla y su madre

—Numitoria—, ajenas aún al peligro. Marco reclama a Virginia como sierva, y cuando Isilio se presenta con gente del pueblo, se retira seguro de que comparecerá ante el tribunal. Así acontece en el acto segundo, que se inicia con un monólogo de Appio Claudio. Ante los lictores, Marco insiste en su exigencia, y tras el aplazamiento del juicio, quedan solos ambos cómplices. Se encuentra con Isilio el padre de Virginia, al volver, y a continuación se les reúnen madre e hija. Appio Claudio se entera por Marco del retorno del padre, que se presenta a defender a su hija, quien comparece después ante el tribunal, y al dictar sentencia Appio Claudio, sobreviene el trágico desenlace de la obra.

Fernando Calderón tuvo presente la *Virginia* de Alfieri, en su tragedia *Muerte de Virginia por la libertad de Roma*, como es fácil comprobarlo; pero mientras Alfieri distribuye el asunto en cinco actos —de acuerdo con la norma que, según los preceptistas, arranca del *Edipo Rey* de Sófocles, y que adoptaron, con los trágicos del siglo de oro francés, clásicos y neoclásicos—, lo condensa en cuatro Calderón. Comienza su obra con un diálogo entre Appio y Marco Claudio, en el cual traman su plan: se retira el segundo y aquél medita cómo podrá apoderarse de Vir-

ginia, que se presenta, altiva, a responderle. Isilio y Numitoria la apoyan.

En el segundo acto, el de la iniciación del juicio, los tres conservan su entereza. Al quedar solo, Appio expresa su desdén hacia el adulator cómplice. En el tercer acto —Marco Claudio trató de comprar a Isilio, indignado al oír su proposición, y Virginia procura calmarlo—, el padre menciona los males sufridos por la patria y comunica su fervor a la hija y la esposa. Al hablar con Appio, intenta hacerle comprender su error; rechaza una tentativa de soborno y se retira, para desahogar ante los suyos el dolor que le produce la falta de libertad en su patria. En el acto final, tras la muerte de Virginia, Isilio quiere morir también; pero el padre lo convence de que debe seguir luchando.

Calderón trató el tema con aliento juvenil. No planteó el conflicto mesuradamente, como el poeta italiano; hay mayor decisión en su desarrollo, por la valentía con que varios de los personajes se expresan y por el acelerado ritmo que da a las escenas finales. Además de que condensa en dos actos los tres últimos de la *Virginia* de Alfieri, la *Muerte de Virginia por la libertad de Roma* se aleja del modelo italiano, en varios puntos.

Calderón parte de la escena en que Appio y Marco Claudio urden la trama para apoderarse de Virginia; escena que Alfieri omitió, sin duda por creerla innecesaria, ya que escribía para un público familiarizado con el punto de partida: las *Décadas* de Tito Livio. Otro tanto acontece con la escena de la fracasada seducción de Virginia, que Calderón, a diferencia de Alfieri, consideró indispensable incluir en su obra, para que el espectador no conozca el hecho sólo por referencias sino directamente, al presenciar la escena. En cuanto a Isilio, a quien manda matar Appio en la obra de Alfieri, sobrevive en la de Calderón, como instrumento para realizar el castigo del tirano. De este modo, nuestro dramaturgo se mantiene fiel a la historia.

Coinciden ambos autores en su odio a la tiranía y en su amor a la libertad y la patria; pero Calderón, que no olvida los sentimientos de honor y dignidad humana propios del tema, subraya el amor patrio y la aversión a los tiranos, sobre todo. Para él Appio encarna al tirano detestable; de su cómplice hace el indigno adúlador, necesario para que aquél exista. Da al

primero los rasgos del autócrata que no admite objeciones de sus súbditos ni los considera capaces de nobleza alguna. Isilio y Virginia representan la dignidad, la virtud, el honor que no transige. Los padres de la doncella exaltan con su actitud el amor patrio, el amor a la libertad; pero no son únicamente estos personajes los que la defienden.

La Virginia de Calderón se conduce con valentía y habla al tirano del terrible futuro que le espera, cuando la patria se alce contra él. No acepta ser esclava del poderoso: prefiere amar al que ha elegido libremente. Isilio es además un patriota; hombre de acción que va a donde se propone. Por eso dice:

Amor, Patria, virtud, a un tiempo todo  
voy a vengar: si el pueblo envilecido  
arrastra sin quejarse las cadenas,  
yo las sabré romper . . .

En cuanto al padre de Virginia, expresa vehementes sentimientos que experimentaría Calderón en sus mocedades. Se puede hallar más honda resonancia que en los versos blancos —*sciolti*— de Alfieri, en los endecasílabos asonantados —romance heroico— de Calderón, cuando Virginia habla de la patria privada de libertad:

¡La patria!, ¿dónde está? No deis tal nombre  
a la tumba de siervos degradada  
que tiembla ante el tirano que la oprime.  
Nada tenemos ya: baldón, infamia,  
servidumbre crüel, oprobios, hierros,  
es nuestra suerte aquí. ¿Tenemos patria  
y se nos arrebatan nuestras hijas  
para ser oprimidas y violadas  
por el tirano vil, quedando impune  
tan horrenda maldad? ¿Tenemos patria  
y se nos arrebatan nuestros bienes  
para aumentar el fausto y pompa vana  
de nuestros opresores, cuyo lujo  
insulta al miserable que trabaja  
para vivir, y cuyos pobres frutos  
en nombre del Estado le arrebatan?  
¿Tenemos patria y no tenemos leyes?  
¿O son siniestramente interpretadas  
por el tirano, siendo en vez de apoyo  
para los ciudadanos, un fantasma  
aterrador, con cuyo augusto nombre  
se escudan los delitos y la infamia  
de los agentes del poder? No existe (*Con fuego*)  
Patria sin libertad . . .

No hay espacio aquí para comparar deteni-  
damente ambas obras, ni sería esta ocasión la  
adecuada para hacerlo; mas por lo ya citado  
se puede advertir que ese motivo, los ultrajes a

la libertad y la ausencia de la ley, adquiere especial importancia en la tragedia de Calderón que —no lo olvidemos— pensaba como abogado, y había experimentado, además, en carne propia el dolor producido por la opresión que priva de su libertad a los hombres.

Para Alfieri, que no estaba satisfecho de su obra, la castidad de Virginia puesta a salvo por su sacrificio —hacia el que va tan resuelta como Ifigenia en Aulide— y la firme determinación del padre que con la muerte le da la libertad, constituyen los puntos cimeros de la obra.

Calderón ve en el asunto, más bien, un pretexto para insistir en la degradación que produce la falta de libertad —al mostrar la vergüenza de los ciudadanos de Roma convertidos en esclavos— y exponer el mayor sacrificio a que se puede llegar, para recobrar aquélla: el del padre que da muerte a su propia hija, por impedir que sea deshonrada.

Calderón sufría, en sí y en los allegados, aquello de que habla en sus versos. Por boca de los personajes de su tragedia, lanza al tirano indefinido, aquel que pintó en “El sueño del tirano”, los más enérgicos apóstrofes. La *Muerte de Virginia por la libertad de Roma* es una resuelta condenación de la tiranía.

De haberse podido representar en México, en los días de la dictadura de Santa Anna, habría comunicado a los espectadores la pasión que el autor puso en esa descripción de la Roma envilecida; mas para esto tenía que acudir al subterfugio de situar en la antigua Roma, y entre romanos, la acción de una obra que aludía a la situación local, según la veía el dramaturgo. De análoga manera procedieron, en fecha no muy distante de nuestros días, Anouilh y otros dramaturgos, durante la ocupación, en Francia.

Basta lo observado en esa obra, para rectificar el concepto que hasta ahora se ha tenido de Calderón, como autor dramático. En sus dramas: los caballerescos —*El torneo y Hermán o la vuelta del cruzado*— y el histórico —*Ana Bolena*—, también es posible encontrar pasajes claramente alusivos a sus preocupaciones, en relación con la época en que vivió y en la cual esas obras fueron representadas y publicadas.

Tales alusiones seguramente no pasaron inadvertidas para sus contemporáneos, a quienes las destinaba. Si no las percibimos con facilidad nosotros, es porque nos hallamos, en relación con él y sus coetáneos, a distancia de más de un siglo; y un siglo, en la rápida evolución de un país como el nuestro, significa mucho. En un

centenar de años, caen en el olvido innumerables elementos y se pierden matices que sólo podrían advertir, ahora, el sociólogo perspicaz, el investigador atento y penetrante, el historiador especializado en la vida del siglo XIX y particularmente en el romanticismo.

La obra reproducida aquí, representa una evasión; mas no infructuosa ni estéril, como otras evasiones románticas, porque cuando Calderón se evade, en el espacio y en el tiempo, lleva consigo preocupaciones, sentimientos y pensamientos que son los de su época, aunque sitúe la acción en Roma, cuantros siglos después de fundada. Es una evasión que se explica por la imposibilidad en que se hallaba de expresar sus sentimientos como hubiera querido hacerlo: directamente, ante el público, en tiempo de restricciones atenuadas sólo por la comprensiva tolerancia del ministro de la Guerra, José María Tornel, que escribió en favor suyo aquellas palabras: "los talentos deben respetarse por las revoluciones". Es la viril evasión que el ingenio busca, en las épocas en que algo le impide expresar sus ideas libremente.

FRANCISCO MONTERDE

MUERTE DE VIRGINIA  
POR LA  
LIBERTAD DE ROMA

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

APIO, <i>Rey de Roma.</i>	VIRGINIA, <i>amante de</i>
CLAUDIO, <i>su confidente.</i>	ISILIO.
VIRGINIO, <i>esposo de</i>	<i>Dos lictores.</i>
NUMITORIA, <i>madre de</i>	PUEBLO.

## ACTO PRIMERO

### ESCENA I

*El teatro representa el palacio del rey Apio;  
aparece sentado en el trono. Claudio  
y lictores parados.*

#### APIO

Sí, Claudio, sí, mi corazón se abrasa;  
por la primera vez mi pecho altivo  
siente de amor el poderoso imperio;  
esa Virginia en quien el cielo quiso  
derramar tal encanto y tantas gracias  
con rasgos inmortales y divinos,  
grabada en mi alma está; quiero poseerla,  
mi corazón no quedará tranquilo  
sin verla entre mis brazos; hasta ahora

la ambición ha llenado el pecho mío,  
cifraba mi placer en la grandeza,  
y . . . gracias a mi genio, he conseguido  
llegar al colmo del poder supremo.  
Pero el fausto, la pompa, el claro brillo  
que me rodean y que hasta hoy ¡oh, Claudio!  
todo mi anhelo y mi placer han sido,  
no pueden ya saciarme; a todas horas  
llenan mi corazón los atractivos  
de esa joven belleza, de esa joven  
que ha dado a mis pasiones nuevo giro;  
que me ha abierto una senda que ignoraba  
a la felicidad. Es ya preciso  
satisfacer esta pasión ardiente  
que no conoce límites: hoy mismo,  
hoy mismo quiero verla entre mis brazos,  
y saber de sus labios mi destino.  
¿Piensas tú, Claudio, que Virginia me ame?

#### CLAUDIO

¿Qué os ame? No lo sé, pero yo afirmo  
que no resistirá: vuestra persona  
es digna a la verdad de su cariño;  
pero si no bastase, ¿cómo puede

resistirse, señor, al atractivo  
de la pompa y grandeza que os rodea?  
El valiente, el famoso decemviro,  
que ha conseguido sujetar a Roma;  
que a su antojo maneja los destinos;  
que hace temblar a un pueblo numeroso,  
a un pueblo belicoso y atrevido,  
¿qué no conseguirá? Virginia es joven,  
del estado plebeyo: al punto mismo  
que sus ojos penetren la grandeza  
a que llegar jamás habría creído,  
toda vuestra será, y hará el orgullo  
lo que hacer no pudiera el amor mismo.

#### APIO

No es eso a la verdad muy linsojero;  
quiero más bien deber a su cariño  
que no al poder, la posesión preciosa  
de sus encantos; pero si es preciso  
todo lo arrostraré. Sólo recelo  
que su pecho se encuentre prevenido  
en favor de otro. ¿Sabes por ventura  
si algún mortal disfruta su cariño?  
Dímelo, Claudio, no me ocultes nada.

CLAUDIO

Se asegura, señor, que la ama Isilio.

APIO

Y aun cuando el mundo entero la adorara  
¿quién se atreviera a competir conmigo?  
¿quién a rivalizar? Funesta tumba,  
sangrientas proscripciones y suplicios,  
de tal temeridad el premio fuera.  
Tú conoces muy bien mi poderío:  
si todo un pueblo con mi mando tiembla,  
y al eco de mi voz vive sumiso,  
¿qué sería por desgracia del que osado  
intentara oponerse a mis designios?

CLAUDIO

Nadie se atreverá.

APIO

Nadie sin duda:  
yo no tengo rivales: desconfío  
tan solo de Virginia; acaso en su alma,

su padre, ese fanático Virginio,  
habrá grabado su moral severa:  
solamente ese anciano y ese Isilio,  
mi rival en amor como en ideas,  
son los únicos, Claudio, que atrevidos  
desprecian mi poder; ya mi venganza  
hubiera fulminado su exterminio,  
a no ser el influjo de que gozan:  
en otro tiempo fue tribuno Isilio  
y defendió la libertad del pueblo.  
Virginio es un guerrero envejecido  
en el duro ejercicio de las armas:  
su severa virtud y sus servicios  
le han granjeado en el pueblo algún concepto:  
he aquí la razón que ha contenido  
mi brazo vengador. Los que pretendan  
esclavizar los pueblos, es preciso  
que usen más bien la astucia que la fuerza.  
Ley, virtud, libertad y patriotismo  
tener debe en su labios un tirano;  
y aunque no lo respete, su sonido  
basta para engañar al bajo pueblo  
que poco reflexiona; por lo mismo,  
antes de recurrir a la violencia,  
es preciso buscar algún arbitrio  
para que arrebatemos a esa joven  
del paterno poder, si el labio mío

no puede convencerla; mas de modo  
que no se alarme Roma.

CLAUDIO

Uno imagino.

APIO

¿Y cuál es?

CLAUDIO

Presentarme reclamando  
su propiedad; diciendo que ha nacido  
de una de mis esclavas, y tan sólo  
para educarla se entregó a Virginio.  
Testigos falsos hallaré que vengan  
ante vos a jurar; y en fin, vos mismo  
sentenciaréis: de mi poder al vuestro  
Virginia pasará.

APIO

El cielo quiso  
reunirnos a los dos, y yo declaro  
que nadie fue de su señor más digno:  
mereces ser mi confidente, Claudio;

Virginio se halla susente: ve ahora mismo  
y conduce a Virginia a mi presencia:  
quiero hacerla saber el amor mío,  
emplear la seducción y aun la amenaza:  
tu proyecto será el postrer arbitrio.  
De todos modos, el poseerla es fuerza.  
No te dilates más.

CLAUDIO

Voy a servirlos.

ESCENA II

*Apio solo.*

Grandezas, esperanzas y temores  
tengo en mis manos; puedo repartirlos  
como sea conveniente a mis proyectos.  
El fuego en que se abrasa el pecho mío  
pronto se calmará: llega el instante  
por quien ha tanto tiempo que suspiro.  
Adorable Virginia, entre tus brazos  
elearás al cielo mi destino.  
Dulce y tierna ilusión, ha mucho tiempo

que de sangre y horrores he vivido:  
embellezca el amor estos momentos;  
cedamos de su encanto al atractivo.  
Mas ¿qué diré a Virginia? ¿De qué modo  
podré expresarle mi fatal cariño?  
Sobre su frente majestuosa y pura  
ostenta la virtud sus atractivos.  
¿Podré rendir su corazón constante?  
¿La podré deslumbrar con todo el brillo  
de mi persona? No, su alma es romana;  
desde su tierna edad supo Virgino  
conservar en su pecho la firmeza  
que los demás romanos han perdido.  
Mas, aún es joven: lisonjearme puedo  
de seducirla; y el amor a Isilio  
desaparecerá cuando conozca  
cuánto puede esperar de mi cariño.  
Pero ella llega . . . ¡cielos! ¡cuán hermosa!  
Su agitación y su pudor divino  
realzan más su beldad.

### ESCENA III

*Apio, Virginia y Claudio.*

VIRGINIA

Señor, ¿es cierto que lo mandasteis vos? En mi tranquilo y pacífico albergue me encontraba; mi madre estaba ausente: de improvisto este hombre se presenta, y me ha obligado a venir hasta aquí: ni aun darme quiso el tiempo necesario de esperarla, y con violencia a vos me ha conducido. ¿Para qué me queréis?

APIO

Virginia, pronto, muy pronto lo sabrás; ya me es preciso declararte un oculto sentimiento que domina mi pecho a pesar mío: tú ves la brillantez que me circunda; un pueblo entero vive sometido

a mi voz imperiosa, y los romanos  
doblan a mi poder el cuello altivo;  
pero ni estos honores, ni esta pompa  
pueden satisfacerme; no, yo aspiro  
a otro bien más precioso, a otra ventura  
que solamente gozaré contigo.  
Sí, yo te adoro: el fuego que me inflama  
es un volcán ardiente, es un delirio  
que sólo tú pudieras mitigarlo:  
dí una palabra y quedaré tranquilo.

#### VIRGINIA

Pero ¿ignoráis la ley que nos separa?  
vos noble y yo plebeya hemos nacido.

#### APIO

¿Y qué importa ese obstáculo? En secreto  
nuestros dos corazones reunidos,  
sólo palpitarán para adorarse:  
yo cierto de tu amor y tú del mío  
de envidia a los mortales serviremos,  
y en tan dulces placeres sumergidos,  
¿qué podemos desear? Habla, responde.

## VIRGINIA

¿Pensasteis bien, señor, lo que habéis dicho?  
¿qué me osáis proponer? queréis hacerme  
que desprecie la ley, vos que en su auxilio  
velar debierais? ¿Vos a quien el pueblo  
de sus derechos protector os hizo?  
Ya os lo he dicho, señor, el himeneo  
entre nosotros dos está prohibido.

## APIO

¿Y para qué, Virginia, necesarios  
son esas ceremonias y esos ritos?  
¿No nos basta el amor? El amor sólo  
de nuestra dulce unión será el ministro:  
nuestros deseos las leyes que sigamos;  
y el secreto aumentando el atractivo  
de estos placeres, los hará más bellos.  
¿Qué importa ese decreto en que he prohibido  
la unión de los nobles y plebeyos?  
Fingiremos en público cumplirlo;  
pero en secreto . . .

## VIRGINIA

Basta, señor, basta:  
no prosigáis, que siento el pecho mío  
lleno de indignación al escucharos.  
Porque plebeya soy, habéis creído  
que a la virtud sagrada renunciando,  
desoyendo de honor el alto grito,  
el pudor despreciando y mis deberes  
vuestra cómplice sea? ¿Creéis que el brillo  
me puede deslumbrar? Os engañáis;  
más que la vida, la virtud estimo:  
aunque joven, conozco mis deberes  
y firmeza tendré para cumplirlos.

## APIO

Deja vanos obstáculos: ¿conoces  
los bienes que te guardan los destinos?  
Mi poder, mi riqueza, mi fortuna,  
todo, Virginia, partiré contigo,  
y tú en secreto mandarás en mi alma.  
¿No envidias tanto bien?

## VIRGINIA

Yo nada envidio.

Pacífico, tranquilo y satisfecho  
mi corazón, en mi feliz retiro,  
en dulce oscuridad vivir me agrada  
y ni el poder ni la opulencia estimo:  
ni la inquietud ni los remordimientos  
turbar pudieron mi existir tranquilo:  
cuando la noche cubre al Universo,  
sueño de paz ocupa mis sentidos,  
y me sonrío naturaleza toda  
cuando vuelve a nacer el sol benigno.  
Dejadme, pues, en tan feliz estado,  
dejadme ser feliz, os lo suplico.

## APIO

No es esa oscuridad la que tú aprecias:  
otra causa mayor; mayor motivo  
te obliga a despreciarme; de tu pecho  
otro feliz mortal tiene el dominio;  
sí, joven desdeñosa, nada ignoro;  
no es tiempo de fingir; tú amas a Isilio.

## VIRGINIA

¿Isilio? Más que amarlo, yo le adoro:

(*Con fuego.*)

Desde nuestra niñez juntos crecimos;  
al par de mi razón y de mis años,  
el fuego del amor creció conmigo:  
amar a Isilio es mi deber supremo  
y ser amada de él . . . ¡Ay! no imagino  
una dicha mayor; no hay en la tierra  
un amor comparable al que yo abrigo.  
La pompa y el orgullo de los reyes,  
su esplendor todo y su grandioso brillo.  
Cuán despreciables son si los comparo  
a una sola mirada del bien mío,  
a una leve sonrisa de su boca,  
a una palabra suya.

## APIO

¿Y atrevido  
tu labio, desdichada, lo confiesa?

## VIRGINIA

¿Por qué lo he de ocultar? ¿Es un delito,  
es un crimen acaso? ¿hay en la tierra  
un afecto más puro ni más digno?  
¡Amor! ¿Y quién no siente sus encantos?  
¿qué ser habrá tan insensible y frío  
que a su divino, celestial imperio,  
no rinda el corazón y los sentidos?

## APIO

Es verdad: y una prueba poderosa  
es la que siente al verte el pecho mío;  
debes amar, pero eligiendo objeto  
que merezca poseer tus atractivos:  
mas un plebeyo oscuro y despreciable  
jamás será de tus virtudes digno;  
ven a mi lado: si gozar deseas  
una dicha mayor, olvida a Isilio.

## VIRGINIA

¿Olvidarlo? ¡Jamás! ¿Podéis creerlo?  
¡tan solo de pensarlo me horrorizo!

antes mil veces que olvidarlo pueda  
truene el cielo su rayo vengativo,  
y envuelta entre el espanto y la miseria  
al seno baje del sepulcro frío:  
los dioses justos que penetran mi alma,  
saben muy bien que solamente aspiro  
a una cabaña humilde donde pueda  
con Isilio vivir.

APIO

¡Isilio! ¡Isilio!  
¿Y qué méritos tiene? ¿qué virtudes  
que de pasión tan grande le hagan digno?  
¿dónde están sus hazañas: su nobleza?  
¿su nombre donde está? Vil, abatido,  
esclavo como todos los romanos  
y como ellos sujeto a mi capricho.  
¿Y yo toleraré que tus encantos  
disfrute ese infeliz? ¡Ah, no! El suplicio,  
la muerte sufrirá.

VIRGINIA

¡Dioses!

APIO

La tumba  
a su loca pasión yo le destino.

VIRGINIA

¡Ah! no, señor: piedad a vuestras plantas  
me atrevo a suplicaros por Isilio.  
(Arrodillándose.)

APIO

¿Y aún lo nombras?

VIRGINIA

Señor . . .

APIO

¡Mi afecto paga!

VIRGINIA

¡Me es imposible!

APIO

¡Basta!, Decidido  
su suplicio está ya.

VIRGINIA

Pues bien, tirano:

*(Levantándose con orgullo.)*

consume, en fin, tus bárbaros delitos;  
pero escucha el destino que te espera:  
tiembla al oír el espantoso grito  
de la santa verdad. ¿Y tú te atreves  
a nombrar vil a mi adorado Isilio,  
cuando incensar debieras sus virtudes?  
¡El merece un amor ardiente, fino,  
y tú, abominación, odio y rencores,  
ministro del tirano despotismo!  
Roma, cansada ya de tus maldades,  
en secreto prepara tu suplicio;  
cansados ya los míseros romanos  
de ver sus nombres siempre envilecidos,  
afilan el puñal de las venganzas:  
él caerá sobre ti, sí, tiembla inicuo.

Y si hasta aquí las iras celestiales,  
acaso porque sirvas de castigo,  
a la vil inacción de nuestros brazos  
han retardado tu fatal suplicio,  
se cansaron por fin, y a tu cabeza  
lanzarán pronto muerte y exterminio.  
¡Oh numen tutelar de los romanos!  
¡Júpiter vengador! Caiga el impío,  
caiga el tirano que tu nombre ultraja,  
y en el seno espantoso del abismo,  
confunde su soberbia y sus maldades.  
¡Poder del cielo! ¡que el sonoro grito  
de santa libertad al fin resuene!  
¡Oh!, si el fuego que abrasa el pecho mío  
pudiera consumir este palacio,  
mansión de la soberbia y los delitos! . . .  
Pero ya pronto mil y mil puñales  
que preparan valientes los patricios,  
entre torrentes de tu aleve sangre,  
harán que exhales el postrer suspiro.  
¡Ah! yo también a sus terribles brazos,  
a pesar de mi sexo, uniré el mío.

#### APIO

¿Y quién te da valor?

## VIRGINIA

¡El nombre augusto  
de la ultrajada Roma: el fuego vivo  
de santa libertad que arde en mis venas;  
tu exceso de maldad, y el amor mismo!

*Apio. (Aparte)*

Me agrada su ardimiento: yo conozco  
que es digna de Apio; a tantos atractivos,  
reúne el valor, el fuego, la firmeza,  
un alma, en fin, cual yo la necesito,  
para que el cargo de oprimir a Roma  
merezca un día dividir conmigo.

*(A Virginia)*

Virginia, yo desprecio tus palabras  
como que son efecto de un delirio.  
Recobra tu razón; tú bien conoces  
que pende de tus labios mi destino:  
a ti toca fijarlo; soy tu amante,  
no esperes que me vuelva tu enemigo.

Hoy te ofrezco la paz; hoy puedes verte rodeada de grandezas y de brillo; pero tal vez mañana, como esclava, el juguete serás de mi capricho.

#### VIRGINIA

¿Qué osas decir, perverso? ¿Yo tu esclava? antes mil veces el oscuro abismo me sepulte en su seno: antes la muerte . . .

#### APIO

Fácil me fuera dártela ahora mismo; pero te amo a pesar de tus desdenes. Ve, pues, y en la quietud de tu retiro, con más cordura resolverte puedes: de grado o fuerza vivirás conmigo; ya como esclava, ya cual compañera: mañana he de mandarlo, hoy lo suplico. Vamos, Claudio.

#### ESCENA IV

*Virginia sola.*

¡Ministros de maldad!  
No podrán soportar los ojos míos

su presencia más tiempo; pero juro  
por todas las deidades del empíreo  
que antes mil veces moriré que amarle:  
desprecio su poder y le abomino;  
huyo este asilo de maldad y horrores;  
corro a los brazos de mi fiel Isilio:  
moriremos los dos, y triunfaremos  
de su maldad en el sepulcro mismo;  
acaso él nos abrirá la marcha,  
témalo todo el cruel del furor mío.

#### ESCENA V

*Virginia, Isilio y Numitoria.*

NUMITORIA

¡Hija!

ISILIO

¡Virginia!

VIRGINIA

¡Isilio! ¡madre amada!  
¡Al fin os vuelvo a ver! ¡al fin respiro!

## NUMITORIA

*Cuánto fue mi dolor cuando volviendo*

a nuestra casa, supe que a este sitio  
un satélite infame del tirano  
con violencia te había conducido.

¿Qué intentaba el perverso?

## VIRGINIA

¿Qué intentaba?

¿Ignoráis quién es Apio? Sus designios  
son siempre criminales; es un monstruo  
que vomitó sin duda el negro abismo,  
para oprimir al mísero romano.

## ISILIO

Sin que me hables, Virginia, yo adivino  
sus infames deseos; él no pudo  
mirar sin emoción tus atractivos,  
y quiso seducirte.

## VIRGINIA

Sí, sus labios  
lisonjeras promesas al principio  
y amenazas después, han vomitado,  
yo temo por tu vida, amado Isilio:  
de suplicios habló.

## ISILIO

¿Cuál es más grande  
que el verle y no matarle? Es ya preciso  
las cadenas romper que nos oprimen;  
cobrar la dignidad que hemos perdido  
y, en fin, manifestar al mundo entero  
que aún hay romanos de este nombre dignos.  
Yo no lo fuera de tu amor, si ahora  
permaneciese espectador tranquilo  
del nuevo ultraje, del ultraje horrendo  
que te acaba de hacer. Hoy el impío  
dejará de existir o el sol siguiente  
alumbrará la tumba de tu Isilio.  
Amor, patria, virtud, a un tiempo todo  
voy a vengar: si el pueblo envilecido

arrastra sin quejarse las cadenas,  
yo las sabré romper. ¡Ardor divino  
siento en mis venas discurrir! yo parto:  
voy a vengarte. ¡Adiós!

#### VIRGINIA

*(Lo detiene.)*

Amigo mío,  
vas a exponer tu vida . . .

#### ISILIO

¡Y qué me importa,  
si esta existencia sólo es un tejido  
de penas y baldón, de infamia y llanto?  
¡No, más vale morir que no al arbitrio  
de un tirano vivir!

#### NUMITORIA

Mas ¿no podemos  
a mi esposo esperar? Mañana mismo  
él podrá estar aquí.

VIRGINIA

Sí, te lo ruego:  
por mi constante amor te lo suplico:  
a mi padre avisemos: cuando él venga  
podremos combinar . . .

ISILIO

Es un delito,  
es un crimen sin duda imperdonable  
el dejarlo vivir.

VIRGINIA

Pero es preciso  
el golpe asegurar. ¡Ah, yo te juro  
que no por miedo tu furor reprimo!

ISILIO

No, adorada Virginia: reconozco  
de lo que eres capaz.

VIRGINIA

Pues bien, Isilio,  
a mi padre esperemos, y mañana . . .

ISILIO

Mañana será un día decisivo:  
día de sangre y de gloria; día en que Roma  
verá cobrado su esplendor y brillo.  
Y tú, y tu padre y los romanos fuertes  
que me quieran seguir, irán conmigo  
a descansar de la opresión odiosa  
que cobardes y débiles sufrimos.

VIRGINIA

Sí, moriremos, o caerá el tirano;  
tus pasos seguiré, seré contigo  
víctima del honor. Si los romanos  
están hasta tal punto envilecidos  
que no se animen al mirar tu ejemplo,  
pelearán las mujeres, y los gritos

de libertad sagrada lanzaremos  
hasta exhalar el último suspiro;  
y con gloria valientes moriremos  
gritando: ¡muera, muera el despotismo!

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA I

*La misma decoración. Aparecen Apio y lictores.*

#### APIO

Mucho dilata Claudio: cada hora  
que paso sin poseer el dulce objeto  
de mi pasión ardiente; cada instante  
le parece a mi amor un siglo entero:  
mísera condición de los humanos.  
Yo he conseguido sujetar a un pueblo,  
las leyes acallar, y no es posible  
apagar la pasión que consumiendo  
mi corazón está: pasión que acaso  
será preciso contentar haciendo

una víctima más. Mientras Isilio respire, es imposible que a mi afecto corresponda Virginia: ¿pues qué dudo? muera Isilio . . . ¡más sangre! . . . Acá en mi seno siento elevarse, un grito contenido a mi pesar . . . ¿será el remordimiento? ¡debilidad no más! . . . es un delirio del bajo vulgo imaginar que el cielo influya en las acciones de los hombres: No; de los altos dioses nada temo; más bien temo que el pueblo, conmovido por tanta sangre, quiera sus derechos reclamar; pero no, tranquilo sufre: el ruido continuado de los hierros le adormece. ¡Infeliz! Si despertara, ¿cuál mi suerte sería? Pero yo creo que llega Claudio. Astucia, hipocresía para engañar al miserable pueblo; nada más necesito. Mas ya llegan; tomad lictores luego vuestros puestos.

## ESCENA II

*Apio se sienta en el trono: los lictores a los lados.  
Salen Numitoria, Claudio, Virginia y pueblo.*

### CLAUDIO

Apio, padre del pueblo, firme apoyo  
de nuestra libertad: ante vos vengo,  
confiado en la justicia de mi causa,  
a reclamar la propiedad que tengo  
sobre esta joven.

### APIO

Explicaos: de Roma  
el esplendor de todos los derechos,  
la paz y la quietud de los romanos:  
he aquí cifrados todos mis deseos.  
Hablad, pues, sin temor: el grave encargo  
de administrar justicia, que los pueblos  
se dignaron confiarme, lo he llenado  
felizmente hasta hoy; el solo anhelo

de mi alma es obrar bien y hacer justicia.  
Poned vuestra demanda, y decidida  
quedará la cuestión; si acaso yerro,  
será por ignorancia y no malicia,  
y de ello pongo por testigo al cielo.

VIRGINIA

Hipócrita. (*Aparte.*)

NUMITORIA

Señor, si aún hay justicia,  
si de virtud el sacrosanto imperio  
existe aún en la infelice Roma . . .

APIO

Reportaos, mujer: esos acentos  
mi probidad agravian; nunca Roma  
gozó de tal quietud: en ningún tiempo  
fue tan feliz. Mas vamos al asunto:  
Claudio, hablad, y sepamos el objeto  
de vuestra queja.

## CLAUDIO

Nada es más sencillo:  
esta joven, señor, que con desprecio  
quiere sustraerse a mi poder, es hija  
de una de mis esclavas: no pudiendo  
por mí mismo educarla, fue entregada  
a Virginio, señor; con tal acuerdo,  
le propuse pagar cuanto expensara  
en su cuidado; ya ha llegado el tiempo  
que vuelva a mi poder: estoy conforme  
en pagar cuantos gastos haya hecho.  
Así lo he dicho a su supuesta madre;  
pero ella le ha cobrado tanto afecto,  
que hoy afirma ser su hija, y desconoce  
mis claros y justísimos derechos.

## NUMITORIA

Miente, miente señor: yo por los dioses  
juro que es falsedad cuanto el perverso  
acaba de exponer; es hija mía,  
es hija mía: en mi dolor acerbo,  
en este llanto que mi rostro baña  
lo podréis conocer.

VIRGINIA

¡Dioses! Yo tiemblo:  
¡qué negra intriga!

APIO

No temáis, ¡oh joven!,  
en vuestro rostro pálido estoy viendo  
retratado el temor; pero soy justo:  
no escucharéis el fallo hasta que cierto  
esté de la verdad.

VIRGINIA

Si por desgracia  
no fuere así, pensad que todo el pueblo  
escucha mis palabras, y mi labio  
revelará tal vez grandes secretos.  
Mi semblante os engaña, no temores:  
indignación que estallará bien pronto  
si fuere necesario; mas yo creo  
que no será preciso, esa demanda  
no merece atención, sólo desprecio.

¿Qué prueba tiene Claudio? Sus palabras son sospechosas: lo conoce el pueblo; es un hombre inmoral, capaz de todo con tal que sea conforme a sus deseos.

#### CLAUDIO

Yo desprecio, Virginia, tus injurias;  
el que libre se juzga, y luego siervo  
se encuentra el realidad, sufre y es justo  
no arrebatarle el mísero consuelo  
de exaltarse en denuestos; mas con todo  
te perdono, Virginia, y te prometo  
no tratarte jamás como mi esclava;  
como mi hija . . .

#### VIRGINIA

¡Qué padre, oh justo cielo!

#### NUMITORIA

¡Cállate, miserable! Antes que mi hija  
pueda llamarse tuya, yo prometo  
a los eternos dioses que me escuchan  
ahogarla entre mis brazos. Yo te ruego,

Apio, que al punto mandes a ese infame  
que presente las pruebas, o en silencio  
perpetuo se sepulte esta demanda  
recibiendo el castigo a que se ha hecho  
acrededor por su audacia; yo lo pido  
en nombre de la ley.

APIO

En el momento  
presentad, Claudio, vuestras pruebas todas;  
yo lo mando.

CLAUDIO

Señor, testigos tengo .  
que vengan a probar lo que he afirmado  
bajo del más sagrado juramento.

ESCENA III

*Pueblo. Isilio que sale precipitadamente.*

ISILIO

¡Falsos son los testigos; falso es todo!  
¡Oh, pueblo! No lo creáis; es un perverso:  
yo lo sostengo.

APIO

¿Y vos quién sois? ¿Acaso  
venís a interrumpir aquí el misterio  
augusto de la ley? ¿Quién sois?

ISILIO

¡Oh, Apio!  
¡Cuán pronto me olvidaste! Yo me acuerdo  
que esta mañana repetías mi nombre  
cuando hablabas de muertes y tormentos;  
pero si tu memoria es tan escasa  
que mi nombre olvidaste ya tan presto,  
yo te lo acordaré: yo soy Isilio,  
Isilio soy a quien piadoso el cielo  
le concedió el cariño de Virginia,  
y que, ausente su padre, la defiende.

APIO

Pero ¿con qué derecho? Aunque ella os ame,  
mientras no os haya unido el himeneo,  
no os permiten las leyes presentaros  
a defender su causa. En el momento  
retiraos y dejad que hablen las partes.

## ISILIO

No me retiraré. Si está resuelto  
que este día sea el postrero de mi vida,  
venga luego la muerte, no la temo;  
pero primero escucha mis palabras;  
tu decisión espera todo el pueblo,  
para saber la suerte que le aguarda.  
Sepamos, sí, lo que esperar debemos;  
sepamos por qué leyes se nos rige  
y cuáles son, en fin, nuestros derechos.  
Si han de ver los ancianos respetables  
que se arrebató el único consuelo  
de su vejez: a sus amadas hijas,  
por la vil delación de algún perverso.  
Si las vírgenes jóvenes y hermosas,  
sólo para saciar torpes deseos  
de los que más debieran refrenarlos,  
han de ser entregadas al primero  
que con testigos y perjurios falsos  
a reclamarlas viene como dueño;  
si por el dicho infame de un malvado,  
se nos ha de quitar el dulce objeto  
de nuestro ardiente amor; si el sacro asilo  
del virtuoso y pacífico plebeyo

ha de ser por los nobles profanado;  
si la ley, en lugar de protegernos,  
es sólo un nombre, una apariencia vana,  
y para los malvados un pretexto.  
Sepámoslo, por fin; el velo caiga:  
sí, que se rompa el engañoso velo  
de la simulación; muéstranos, Apio,  
cuáles son, finalmente, tus intentos.

APIO

Mis intentos son sólo hacer justicia.

PUEBLO

¡Justicia, sí, justicia!

APIO

Yo la ofrezco,  
tranquilizaos.

ISILIO

Y bien, es necesario,  
para dar la sentencia, que a lo menos  
esté Virginio aquí: él es su padre,

si quieres justo ser, venga primero  
y después fallarás.

APIO

Virginio se halla  
fuera de Roma, en el honroso empleo  
que le confió el Estado entre sus tropas;  
la distancia tal vez . . .

ISILIO

En poco tiempo  
puede venir aquí.

PUEBLO

¡Venga Virginio!  
¡Venga Virginio!

APIO

Venga, pues; no quiero  
precipitar el fallo: hacer justicia,  
he aquí tan solamente mi deseo.  
A mi presencia volveréis mañana.  
¡Retiraos!

*(Vanse todos, menos Apio y Claudio.)*

## ESCENA IV

*Apio y Claudio.*

APIO

¿Ya lo has visto? Ese soberbio, ese Isilio feroz me ha arrebatado la victoria ¿y aún vive? ¿y aún el trueno de mi venganza atroz no ha resonado sobre ese miserable? A mi despecho fue preciso ceder; a sus palabras vi que empezaba a conmoverse el pueblo. El pueblo, Claudio, es un león furioso que suele adormecerse; pero luego que despierta es terrible, y desgraciado aquel que de sus iras es objeto: un paso falso, una palabra sola lo puede conmover: a sus deseos es preciso ceder en ocasiones; oprimir y halagar a un mismo tiempo. He aquí la ciencia de un tirano, Claudio; ciencia difícil y de mucho riesgo.

CLAUDIO

Mas también os he visto enfurecido  
suplicios decretar.

APIO

Sí, buen efecto  
alguna vez produce: lo que importa  
es el saberlos decretar a tiempo.  
Hablemos de Virginia: cada instante  
se aumenta de mi amor el vivo fuego:  
es preciso poseerla a toda costa;  
por mi desgracia, me ha dotado el cielo  
de un corazón altivo e impetuoso  
que desconoce en las pasiones medio:  
aborrece de muerte o idolatra.  
No puedes figurarte los esfuerzos  
que me son necesarios cada día  
para ocultar mi genio bajo el velo  
de la simulación, que es tan precisa  
para engañar y conducir al pueblo.  
Hoy mismo, en el instante que ese Isilio  
apareció a Virginia defendiendo,  
mis gratas esperanzas derribando,

oponiéndose audaz a mis deseos,  
¡Oh cuánto me ha costado refrenarme!  
sentí mi sangre hervir; sentí mi pecho  
poseído de furias infernales;  
fue necesaria, en fin, la voz del pueblo  
para reflexionar cuán peligrosa  
mi venganza sería en tal momento:  
mas si pronta no fue, será segura.  
Ya Isilio está marcado con el sello  
de mi eterno rencor, y pronto o tarde  
sufrirá de mi enojo el grave peso.  
Mañana será un día decisivo:  
conozco bien a cuánto estoy expuesto,  
si el pueblo se subleva; mas no importa:  
posea yo a Virginia y muera luego.

CLAUDIO

¿Tan grande es vuestro amor?

APIO

Tú no conoces  
lo que es una pasión, ni a los excesos  
que nos puede arrastrar: toda mi gloria  
daría por poseer el dulce objeto

que el alma me arrebatara: ¿de qué sirve  
para mí conocer el alto puesto  
a que supe llegar, si no me es dado  
satisfacer al punto mis deseos?  
¿de qué sirve el poder y los honores,  
si el corazón no se halla satisfecho?

CLAUDIO

¡Qué delirio, señor! Cambiar la gloria  
por placeres que duran un momento:  
pasará la ilusión el primer día,  
y después el fastidio, el menosprecio,  
seguirán al capricho.

APIO

No es capricho;  
no es fuego aparente y pasajero  
lo que yo siento, Claudio: es una llama,  
es un volcán, es un feroz incendio  
que consume mi ser, que le devora . . . :  
ya lo he dicho, a todo estoy resuelto.

## CLAUDIO

Otro medio probemos: ese Isilio es el mayor obstáculo, y supuesto que juzgáis peligroso exterminarle, pensemos seducirlo: sí, su afecto hacia esa joven, no será tan grande como lo imagináis: ¿a quién el pecho de los mortales penetrar es dado? puede que sea pasión, ese ardimiento cederá a la ambición: riqueza y pompa en cambio de su amor le propondremos.

## APIO

Nada conseguiremos; yo conozco que ostentan muchos, nobles sentimientos mientras no son tentados: mas Isilio no es de esa clase, Claudio; ha mucho tiempo que le conozco: es firme en sus principios y no los cambiará; nada perdemos, sin embargo, en hacer lo que propones. Y antes de recurrir a los extremos, hagamos esta prueba.

CLAUDIO

Es arriesgada,  
yo lo conozco; mas mi ardiente celo  
por serviros, señor, todo lo arrostra:  
para satisfacer vuestros deseos  
nada debo omitir, y si es preciso  
que de Isilio el puñal rompa mi pecho  
al oír mi propuesta . . . ¡con qué gusto  
recibiré la muerte por mi dueño!  
Parto a serviros.

(Vase.)

APIO

¡Anda, miserable! . . .  
¡servil adulator! piensa que creo  
en sus lisonjas Claudio: ¡cuál se engaña!  
yo conozco a los hombres: ese afecto,  
esa dedicación, esos elogios  
que hoy me tributa, pronto en menosprecio  
se cambiarán, cambiando mi fortuna;  
pero es preciso emplearlos: instrumentos  
son de mi gloria; mas si necesaria  
fuera su destrucción a mis proyectos,  
nunca en satisfacerlos dudaría

como tampoco dudarían ellos  
en clavar el puñal en mis entrañas  
si así les conviniera. Es un tormento  
vivir sin un amigo: sin una alma  
de quien poder confiar; cuyo sincero  
y seguro cariño nos endulza  
la copa de la vida. ¡Oh, quiera el cielo  
que mi constante amor y mis cuidados  
logren vencer el indignado pecho  
de esa joven beldad, de esa Virginia  
que ocupa sin cesar mi pensamiento!  
Tú sola embellecer puedes mis días:  
ven, mujer celestial . . . ; el Universo  
envidiará nuestra ventura. Pompas,  
dignidades, poder, todo lo dejo,  
todo lo menosprecio al lado tuyo:  
en tranquilos placeres viviremos . . . ;  
amor será mi numen . . . ¡Desgraciado!  
¡con qué vanos fantasmas me alimento!  
A Isilio solo, a Isilio está guardada  
tanta felicidad. ¡Ah! no: primero  
al seno baje de la negra tumba:  
¡estalle mi furor! Pero esperemos  
con calma el resultado de mañana.  
¡Un confuso, un atroz presentimiento  
llena mi corazón! Amor tirano:  
¡apure yo tu copa y muera luego!



## ACTO TERCERO

### ESCENA I

*Virginia, Isilio y Numitoria. Virginia  
deteniendo a Isilio.*

#### ISILIO

No me detengas ya: deja que esconda  
este agudo puñal en sus entrañas:  
quiero verle gemir y entre tormentos  
de negra sangre vomitar el alma.  
Un nuevo ultraje; ultraje el más horrendo  
en este instante el vil de hacerme acaba.  
¿Y vive? . . . ¿y vivo? . . . Déjame, Virginia:  
no me contengas más: mi ardiente rabia . . .

## VIRGINIA

Mas ¿qué nuevo baldón?

## ISILIO

El confidente  
de ese tirano, el cómplice en sus tramas,  
el vil Claudio ha venido: ¿cómo el cielo  
no lo confunde? Vino, así, y la audacia  
tuvo de proponerme oro y honores  
de parte del infame que lo manda,  
en cambio de tu amor; pensó sin duda  
que era mi alma tan negra como su alma:  
que la insaciable sed que le devora  
de riqueza y poder, también entrada  
en el pecho de Isilio encontraría.  
Otra es mi sed, infame; otras mis ansias;  
quiero sangre beber; la sangre impura  
del monstruo que lanzaron las entrañas  
del negro abismo, y para oprobio nuestro  
en Roma vive y aun a Roma manda.  
¡Ah, cobarde! Si el miedo no le hubiera  
prestado a Claudio, para huir, sus alas,  
este puñal, este puñal terrible

el corazón del vil atravesara.  
No lo pudo alcanzar, tú me detienes,  
adorada Virginia: tú retardas  
la muerte del tirano; nueva furia  
siento cuando recuerdo sus palabras.  
¿Yo cambiarte, Virginia, por el oro?  
¿Ceder tu posesión idolatrada,  
por cuanto vale el Universo entero?  
¿Yo que tanta ventura no trocara  
ni por el mismo cielo? ¡Ah, vil!, si quieres  
que mi pecho la olvide, ven y arranca  
el corazón en que su imagen bella  
con fuego celestial está grabada.

#### VIRGINIA

¡Isilio! ¡Isilio!

#### ISILIO

Ven, beldad que adoro,  
ven mi sólo consuelo, mi esperanza;  
burlemos los furores del destino;  
deja que ese tirano se complazca  
en su odioso poder. Pronto, muy pronto  
la hora sonará de la venganza.  
¿Mas por qué has retardado su castigo?  
¿por qué no dejas que en su busca vaya?

## VIRGINIA

No, Isilio, no; perecerás sin duda  
y nuestra patria no será vengada;  
yo aborrezco al tirano cual tú mismo;  
quiero verle mil veces a mis plantas  
arrastrarse al morir; mas reflexiona  
que en este instante le rodean sus guardias;  
nada conseguirás con exponerte  
y los dos moriremos sin venganza.

## ISILIO

¿Sin venganza? ¡jamás! Sólo el sepulcro  
lo puede libertar. ¡Oh, cuánto tarda,  
Virginio!

## NUMITORIA

Ya se acerca. Vedle. ¡Esposo!

## VIRGINIA

Padre mío.

ISILIO.

Señor, con cuántas ansias,  
con qué ardor esperábamos tu vuelta.

VIRGINIA

¿Sabéis?

VIRGINIO

Todo lo sé: ¡deidades altas!  
¡Os plugo el fin envenenar mis días  
con el peso cruel de la desgracia!  
¡No basta, no, que la infelice Roma  
se halle oprimida, débil, degradada,  
temblando ante el tirano que la oprime,  
sino también me estaba reservada  
la infamia de mirar a una hija mía  
víctima del traidor? Antes mi espada,  
mil y mil veces en su pecho hundida,  
pueda apagar la sed de mi venganza.  
¡Venganza, grita con horrible acento  
el amor paternal! ¡Venganza clama  
la triste patria sin cesar opresa!



y desde el seno de la tumba helada  
los espectros de Bruto y Colatino,  
con grito aterrador, dicen: ¡Venganza!  
¡Sí, yo te vengaré patria querida!  
Caerá el coloso que tu cuello carga  
de ignominia y baldón, y de sus ruinas  
se alzaré, en fin, la libertad sagrada.  
¡Oh santa libertad! ¡genio divino,  
extiende tu influencia soberana;  
conozcan los tiranos cuán funesto  
es el furor del pueblo a quien ultrajan  
y, en fin, que el hombre a su pesar es libre  
y sólo su razón es quien lo manda!

#### VIRGINIA

¡Oh, padre mio! ¡cuál mi pecho llenan  
de patriótico ardor esas palabras!  
A la lid, a la muerte, a donde quiera  
yo seguiré, señor, vuestras pisadas.

#### NUMITORIA

Sí, sepamos por fin lo que debemos  
esperar o temer; menos infausta  
será la muerte, que el estado triste  
en que se encuentra Roma degradada.

Sepamos si son nuestras, nuestras hijas  
o si nos han de ser arrebatadas  
del seno maternal.

VIRGINIO

La hora se acerca  
de fijar nuestra suerte: la demanda  
del miserable Claudio debe hoy mismo  
sentenciarse. Tal vez la noble rabia  
de los romanos volverá a encenderse  
al ver en mí la suerte desgraciada  
que le espera, y . . . el tirano viene:  
le quiero hablar: acaso mis palabras  
lo podrán convencer. Por un momento  
retiraos y esperadme.

ISILIO

¿Y si os ultraja?

VIRGINIO

Nada temáis: Jamás lo hará, y en caso  
de que así sucediere, aún tengo espada.

*(Salen Isilio, Virginia y Numitoria.)*

## ESCENA II

*Virginio y luego Apio.*

VIRGINIO

¡Padre desventurado! ¡Eternos dioses!  
¿Qué culpa he cometido? ¿por qué causa  
me castigáis de un modo tan horrible?  
La prenda más querida de mi alma,  
mi adorada Virginia, la hija tierna  
que es todo mi consuelo, mi esperanza,  
¿entregada a ese monstruo? No, primero . . . ;  
pero ya llega: puedan mis palabras  
evitar tanto mal.

APIO

(Sale.)

En fin, Virginio,  
llegaste ya; con ansia te esperaba  
¿sabes que ha sido reclamada tu hija?

VIRGINIO

¡Ojalá que por siempre lo ignorara!  
Pluguiera al cielo que mis tristes ojos  
antes en sueño eterno se cerraran,  
que ver tanta maldad.

APIO

Te compadezco.

VIRGINIO

No agregues ese ultraje a mi desgracia.  
Apio, yo te conozco; estamos solos,  
te hablaré con franqueza. Ya tu audacia  
llegó a su colmo: el pueblo que hoy oprimes  
e impunemente con rigor ultrajas,  
comienza, en fin, a conocer el peso  
de sus cadenas: teme tú sus rabias;  
sus iras tanto tiempo reprimidas  
por tu negra maldad exasperadas,  
estallan contra tí. Si en otro tiempo  
la sangre de Lucrecia dio a la patria  
la libertad, tal vez la de Virginia

hará brotar furores y venganzas.  
Es tiempo de evitarlo todavía;  
tú puedes aún hacer feliz tu patria  
e impedir las escenas espantosas  
que por momentos ya nos amenazan.  
Escucha, pues: depón primeramente  
esa pasión infausta que te inflama:  
conoce que Virginia nunca puede  
perteneverte.

APIO

¿Y quién me lo estorbara?  
O por bien o por fuerza, será mía.

VIRGINIO

¡Nunca! Jamás podrás ante tus plantas  
verla arrastrar por tus verdugos viles  
y gemir y llorar desesperada.  
Obligarla podrás a que padezca,  
pero la voluntad ¿quién la contrasta?

APIO

Si obligarla no puedo a que me adore  
como amante, al menos como esclava  
a su señor respetará.

VIRGINIO

Primero

al seno baje de la tumba helada:  
primero mil puñales y mil muertes  
sobre su seno desgraciado caigan.  
Ella esclava . . . ¡Oh furor!

*(Llora.)*

APIO

¿Lloras? A un héroe  
no le está bien llorar.

VIRGINIO

Llanto de rabia,  
no de dolor ni de ternura vierto:  
mil veces de la muerte amenazada  
mi cabeza se vio, y otras mil veces  
la fui a buscar en medio de las armas;  
pero nunca temí: constante siempre  
supe arrostrar la muerte y la desgracia.  
Mira las cicatrices que en mi cuerpo  
dejaron señaladas cien batallas;

toda mi sangre es nueva, pues la antigua  
la he vertido en defensa de la patria.  
Mientras que en una cama suntuosa  
cual cobarde mujer tú descansabas,  
yo en la guerra cubriéndome de gloria  
el furor del tirano desafiaba.  
Mira si el llanto que verter me has visto  
puede ser de temor.

APIO

¡Cuánto me agrada  
un hombre como tú! Sin duda en Roma  
no hay quien abrigue, no, grandeza tanta.  
Yo la voy a premiar: mi favorito  
serás desde hoy.

VIRGINIO

¿Y crees que yo aceptara?  
¿crees que me puede deslumbrar el brillo?

APIO

Reflexiónalo bien: ¡cuánto más grata  
es de mandar la condición altiva  
que la de obedecer! ¡Ver a tus plantas

postrado el universo humildemente  
y la mano besar que le maltrata!  
¿dónde hay placer mayor?

VIRGINIO

¿Y dónde, dónde  
tampoco puede haber mayor infamia?  
Conocer tú no puedes las virtudes;  
nunca un tirano conoció sus gracias.  
Oro y sangre, no más; es vuestro anhelo,  
engañar a los pueblos que os ensalzan:  
vuestras virtudes y conato es éste  
y la superstición os da sus armas.  
Pues con decir que el cielo así lo quiere  
las grandes tiemblan y los pueblos callan.  
Mas yo no callaré; que a mis acentos  
ese velo que os cubre roto caiga:  
que los hombres conozcan sus derechos  
y a lucir vuelva la verdad sagrada.  
No temo tu furor: mi triste vida  
es para ver maldades ya muy larga.  
Mas por última vez hablarte quiero.  
Es tiempo aún: desecha esa arrogancia.  
vuelve a ser ciudadano: sé virtuoso:  
y al mundo entero llenará tu fama.  
Mírame: mi cabeza ha enblanquecido,

y en carrera tan larga y dilatada  
nunca he sentido el cruel remordimiento;  
ya en la risueña paz ya en la campaña;  
ya en medio de una corte ruidosa  
o en el seno feliz de mi cabaña,  
siempre viví tranquilo: siempre, siempre  
mi frente al cielo sin rubor alzaba.  
Tú en medio, empero, de tu regia pompa,  
rodeado siempre de infinitas guardias,  
en tu palacio y en tu trono mismo,  
nunca gozas quietud: temiendo aguardas  
la sentencia fatal de los que oprimes  
y el susto y los temores te acompañan.  
No fíes en tus esclavos: que igualmente  
irían gustosos a incensar tu estatua  
como a verte morir en un suplicio:  
los que hoy te adulan te odiarán mañana.  
Teme, pues, la caída vergonzosa.

#### APIO

Escuché con paciencia tus palabras:  
compadezco y disculpo tus furores,  
el paternal dolor exhala tu alma:  
el tiempo sólo curará tu herida:  
confía en su poder.

## VIRGINIO

### Quizá mañana

ese desprecio y ademán altivo  
se cambiará en dolor: ya veo cercana  
tu destrucción: el pueblo te conoce  
y se aproxima el día de las venganzas.

## APIO

Morir tarde o temprano poco importa:  
tal es la suerte que al mortal aguarda  
sin poderlo evitar; mas yo no cuento  
mis años por el tiempo que se pasa:  
llamo vida el gozar, y mis placeres  
la duración en mi existencia marcan.  
¿Ya señaló el destino mi carrera?  
Venga la muerte, pues, cuando le plazca;  
mas, mientras llega, espero que Virginia  
de mi amor conociendo las ventajas,  
olvide a Isilio y a mis brazos venga  
a coronar mi amor.

## VIRGINIO

¡Cuánto te engañas!

Virginia nunca preferir pudiera  
el vicio a la virtud; ella idolatra  
al venturoso Isilio: el mismo cielo  
formó para adorarse sus dos almas.  
Yo fomento su amor, yo lo dirijo,  
y les haré jurar sobre mi espada,  
odio y execración a los tiranos.  
Sí, te aborrecen, te desprecian . . .

## APIO

Basta:

no quiero sufrir más tu fiero orgullo.  
¿Sabes que con decir una palabra  
puedo hacerte llevar hasta el suplicio?  
¡Me cansé de sufrir tus amenazas!  
Ahora escucha las mías: si no logro  
conseguir de Virginia una esperanza;  
si se obstina en colmarme de desprecios  
y mis caricias con desdenes paga,  
sobre ella y sobre ti caerán mis iras.  
Ni el pueblo, ni la ley, ni nada, nada

me podrá contener: teme, infelice,  
teme por fin la muerte.

VIRGINIO

No la temo:  
el justo siempre intrépido la aguarda,  
que aun en la tumba la virtud sencilla  
del vicio triunfa y al malvado espanta.

APIO

Está muy bien; mas yo te lo repito:  
respetar mi poder, si el vivir amas.

(*Se va.*)

ESCENA III

*Virgilio, luego Isilio, Virginia y Numitoria.*

VIRGINIO

Roma, Roma, ¿dónde están tus ciudadanos?  
tus héroes, tus virtuosos, ¿dónde se hallan?  
¿sucesores indignos del gran Bruto,

cuando la patria gime, todos callan!  
¡Sombras ilustres! ¡Venerables sombras  
de nuestros ascendientes! De la helada  
pacífica mansión de los sepulcros  
levantaos a mi voz: ¡sangre y venganza  
en Roma derramando, a vuestros nietos  
infundid el valor que os animaba!

*(Salen Isilio, Virginia y Numitoria.)*

¡Hijos! ¡esposa! ¡Ya llegó la hora!  
Ya no nos ha quedado otra esperanza  
que morir o vencer; pero a lo menos  
moriremos con honra, con constancia:

#### ISILIO

Moriremos matando, padre mío,  
y así tal vez la moribunda llama  
del romano valor, se anime viendo  
nuestra resolución ¡oh amada patria!

#### VIRGINIO

¡La patria! . . . ¿dónde está? No deis tal nombre  
a la tumba de siervos degradada  
que tiembla ante el tirano que la oprime.

Nada tenemos ya: baldón, infamia,  
servidumbre crüel, oprobios, hierros,  
es nuestra suerte aquí. ¿Tenemos patria  
y se nos arrabatan nuestras hijas  
para ser oprimidas y violadas  
por el tirano vil, quedando impune  
tan horrenda maldad? ¿Tenemos patria  
y se nos arrebatan nuestros bienes  
para aumentar el fausto y pompa vana  
de nuestros opresores, cuyo lujo  
insulta al miserable que trabaja  
para vivir, y cuyos pobres frutos  
en nombre del Estado le arrebatan?  
¿Tenemos patria y no tenemos leyes?  
¿o son siniestramente interpretadas  
por el tirano, siendo en vez de apoyo  
para los ciudadanos, un fantasma  
aterrador, con cuyo augusto nombre  
se escudan los delitos y la infamia  
de los agentes del poder? No existe (*Con fuego.*)  
patria sin libertad; una mirada  
una palabra sola, un pensamiento,  
son castigados hoy, cuando no agrada  
a nuestro altivo dueño: ¡y tal sufrimos!  
¡ah! no: ¡hoy mismo que el tirano caiga  
o bajemos nosotros al sepulcro!

## ISILIO

¡Juro por ti, Virginia idolatrada,  
no descansar hasta romper el pecho  
del tirano de Roma! Ante tus plantas  
le verás palpitante y moribundo,  
o moriré yo mismo.

## VIRGINIA

Tus pisadas  
seguiré yo también, y un solo golpe  
traspasará nuestras ardientes almas.  
¿Piensas que yo podré sobrevivirte?  
¡ah! no: ¡jamás! mi pecho te idolatra,  
y en vivir o morir junto contigo  
mi gloria y mi ventura están cifradas:  
a tu lado la muerte no me aterra, (*Con amor*).  
No temas que se agote mi constancia,  
que hasta la orilla del sepulcro, frío,  
el nombre repitiendo de mi patria,  
de mi amante adorado y de mis padres,  
constante moriré.

NUMITORIA

¡Hijos de mi alma!  
¡a mis brazos venid!

(*los abraza.*)

VIRGINIO

¡Todos al mío!  
A estrechaos llegad.

Ardientes gracias  
yo te tributo, bondadoso cielo,  
por tener tales hijos: cuando callan  
y sus cadenas en silencio sufren  
los infames romanos, vuestras almas  
conservan el honor y la nobleza  
de otra edad menos vil y degradada.  
¡De júbilo se llena el alma mía!  
¡nuevo valor mi corazón inflama!  
Repetid, repetidme todavía,  
mil veces repetid esas palabras:  
¡queréis la servidumbre?

LOS TRES

¡Antes la muerte!

VIRGINIO

¿Cuál es el bien más caro a vuestras almas?

LOS TRES

¡La libertad!

VIRGINIO

¿Y cuál vuestro tesoro,  
cuál vuestro anhelo, cuál vuestra esperanza?

LOS TRES

¡La libertad!

VIRGINIO

Y en el postrer momento,  
¿cuál vuestro voto, cuál vuestra palabra?

LOS TRES

¡La libertad! ¡la libertad!

VIRGINIO

¡Oh, cielo!

En este instante mi existencia acaba.

¡Yo muero de placer! ¡Piadoso escucha  
nuestros ardientes ruegos, y mañana,  
antes que el sol oculte sus fulgores,  
sea libre Roma y el tirano caiga!

## ACTO CUARTO

*Apio, Claudio y lictores.*

APIO

Llegó el momento, en fin, llegó el momento  
que tanto suspiraba el alma mía:  
pronto serán colmados mis deseos,  
pronto en mis brazos se hallará Virginia.  
Mi corazón palpita de esperanza:  
a los principios mostraráse esquivá;  
después indiferente, y con el tiempo  
mis continuos halagos y caricias,  
mi constante pasión, mis sufrimientos,  
su afecto ganarán.

CLAUDIO

Mas me intimida  
el furor popular.

APIO

No temas, Claudio:  
un rasgo de firmeza y energía  
acallarán la multitud, acaso.  
Aun tropas tengo que mi causa sigan  
y que peleando hasta el postrer aliento  
sostengan mi poder.

CLAUDIO

Yo desearía  
que olvidaseis, señor, esa belleza:  
hay otras hermosuras que podrían  
vuestros deseos llenar sin tanto riesgo:  
vuestra vida es preciosa y . . .

APIO

No prosigas:  
huye a ocultarte si la muerte temes;  
con tus recelos mi furor incitas:  
no me hables de olvidar a la que adoro;  
a la que adoro ya más que a mi vida.  
Yo la prefiero a cuantas hermosuras

en Roma toda y en el mundo habitan.  
Es mi enemigo el que mi amor reprueba.

CLAUDIO

Perdón, señor; no creáis que es cobardía  
lo que osé proponeros: es afecto,  
el amor sólo mis palabras dicta;  
ya os lo dije estoy pronto a complaceros  
aunque con riesgo de acabar mis días.  
Disponed de mi suerte.

APIO

¿Están ya prontos  
esos testigos?

CLAUDIO

Sí, señor.

APIO

Pues fía  
lo demás a mi genio y nada temas.  
Ya se acercan: fortuna, sed propicia.

## ESCENA II

*Dichos, Virginio, Isilio, Numitoria, Virginia  
y pueblo.*

### VIRGINIO

Apio, aquí estamos ya, llegó el momento de saber si son nuestras, nuestras hijas; si hay en Roma justicia o si se han roto las leyes o decretos que regían.

Hable ahora ese perverso, si se atreve; hable aquí en mi presencia, y su malicia confundiré ante el pueblo, que me oye, y si en el Decenviro no hay justicia, yo apelo a su poder.

### PUEBLO

Sálvanos, Apio,  
salva el honor de nuestras tiernas hijas;  
danos seguridad.

APIO

Os lo prometo;  
pero escuchemos antes lo que digan  
las partes, y oídas sus razones  
el fallo seguirá. Claudio repita  
su demanda, y las pruebas que tuviere  
en el momento sin escusa exhiba.

CLAUDIO

Dije ayer, y repito, que esta joven  
no es de Virginio y Numitoria hija:  
es hija de una esclava, y no pudiendo  
darla la educación que convenía,  
la había confiado a sus supuestos padres;  
testigos tengo que mi dicho afirman:

*(A los testigos.)*

declaradlo.

VIRGINIO

Infeliz ¿y tú te atreves  
a provocar las justicieras iras  
de los eternos dioses? ¡Miserable!,

el pueblo te contempla y se horroriza.  
Mirad, romanos, a mi cara esposa;  
decid todos si pueden ser fingidas  
esas ardientes lágrimas que corren  
inundando su pecho y sus mejillas.  
Ved su dolor: mirad su amante seno:  
observad, observad cómo palpita.  
Ved la verdad en su semblante mudo.  
Ese silencio, esa aflicción tan viva,  
tienen más elocuencia y más persuaden  
que de ese miserable la osadía.  
Ved a Virginia; en su semblante hermoso  
el interés y la aflicción se pintan:  
no es el dolor de una persona extraña;  
es el dolor fundado de una hija  
que no puede inventar jamás el arte.  
Los que hubieren sentido las delicias  
de la paternidad, decid si puede  
dejar de ser la madre de Virginia  
esa infeliz mujer. Ved mi semblante;  
decid si este lenguaje la mentira  
puede tener jamás; pero no sólo  
en lo que he expuesto mi defensa estriba.  
Tengo testigos mil, y no comprados;  
preguntadles a muchos que a Virginia  
desde niña conocen . . .

VIRGINIA

Habla, Claudio,  
si tienes para hablar aún osadía:  
habla, perverso, si los altos cielos  
no han consumido ya tu lengua impía,  
desvanece las pruebas de mi padre;  
alza tu frente en el terror hundida:  
pon por testigo al pueblo si te atreves.  
¡Ah! el horror implacable que me inspiras,  
es una prueba más de que yo nunca  
pude pertenecerte; no, yo misma  
rompería mis entrañas si supiera  
que pude ser jamás de tu familia.

*(Con fuego.)*

Mira a mi padre aquí: mira a mi madre,  
los reconoce mi alma enternecida.  
una celeste voz; una voz fuerte  
en lo interior del corazón me grita  
que yo les debo el ser; sí, amados padres:

*(A sus padres.)*

despliegue su furor la tiranía;  
nada podrá apartarme de los brazos  
de los autores de mi triste vida.

*(Los abraza.)*

He aquí mi asilo: vengan los tormentos;  
los desprecio.

VIRGINIO

¡Virginia!

NUMITORIA

¡Hija querida!

VIRGINIO

Jamás te arrancarán de nuestros brazos:  
¡moriremos los tres! . . .

PUEBLO

¡Es su hija! ¡es su hija!

APIO

No; no os alucinéis, pueblo romano.  
Mirad cómo se viste la mentira  
de la verdad con el lenguaje hermoso,  
pero por la equidad, por la justicia,

debo desengañaros: sí, sabedlo;  
yo mismo soy testigo que Virginia  
es hija de una esclava. Así, lictores,  
separadla y al punto conducida  
sea a la casa de Claudio.

*(Los lictores se adelantan e Isilio los suspende  
sacando el puñal.)*

#### ISILIO

¡No, tiranos!  
Antes que arrebatarme a mi querida;  
antes que consumir tantas maldades,  
acabe de una vez mi odiosa vida.  
Vengan, pues, si se atreven, tus lictores:  
¡ay de aquel que tuviera la osadía  
de acercarse primero: en su vil sangre  
será de mi puñal la hoja teñida!  
¡Pueblo! Apio es un tirano que te engaña;  
por su orden, Claudio reclamó a Virginia,  
para saciar en ella sus deseos,  
después que no ha podido seducirla.

APIO

¡Mis órdenes cumplid: arrebatadla,  
y caiga el que se oponga a la justicia!

ISILIO

¡Sí, caigan todos, pero tú el primero!

*(Isilio quiere herir a Apio y Virginio le detiene.)*

VIRGINIO

Detente, Isilio: en nombre de Virginia  
yo te lo mando: ¡la sentencia es justa!

ISILIO

¡Qué escucho, cielos!

VIRGINIO

Mas la que por hija  
tanto tiempo tuve, Apio, yo te ruego  
que en mis brazos la estreche y me despida.

APIO

Sí, yo te lo concedo.

VIRGINIO

Numitoria,  
por la postrera vez abraza a tu hija.

NUMITORIA

¡Hija desventurada!

VIRGINIA

¡Madre amada!

VIRGINIO

Ven a mi corazón, ven hija mía,  
recibe de tu padre, el don postrero  
¡la muerte y libertad!

*(La hiere y cae en los brazos de Numitoria.)*

VIRGINIA

¡Oh madre mía!  
¡Isilio! ¡padre amado! ¡yo fallezco!

NUMITORIA

¡Hija! . . . ¡Dioses!

ISILIO

¿Qué veo?

VIRGINIO

Está cumplida  
mi promesa, tirano: ¡antes mi espada  
mil y mil veces en su pecho hundida,  
que ser tuya, te dije esta mañana!  
ya la puedes gozar: ¡ahí está mi hija!

PUEBLO

¡Qué horror! ¡qué horror!

APIO

¡Lictores, al instante  
a ese anciano prended!

ISILIO

Esposas, hijas  
de los romanos, ved aquí la suerte  
que os está reservada. ¿Y aun las iras  
de los dioses no estallan? ¿y aun el pueblo  
no se conmueve? Sí, ya veo que brillan  
espadas y puñales! . . .

*(Sacan las espadas.)*

PUEBLO

¡Ápio, muera!  
¡perezca la ominosa tiranía!  
¡reine la libertad!

ISILIO

¡Caiga el tirano!  
Mi ejemplo todos y mis pasos sigan!  
Nada temáis; el cielo nos protege:

las sombras de los héroes nos animan:  
¡perezca el opresor!

#### PUEBLO

¡Muera el tirano!

*(Va el pueblo conducido por Isilio combatiendo con Claudio y los lictores que van retrocediendo hasta salir por el foro.)*

#### NUMITORIA

¡Virginia, hija infeliz, hija querida!  
¡Helada, inmóvil, no me escucha, cielos!  
¿Y mi dolor no acaba con mi vida?  
¡hija del alma! . . .

#### VIRGINIO

¡Dioses implacables!  
¿están ya satisfechas vuestras iras?  
¿Hay más desgracias? ¿más dolores nuevos  
que caigan sobre mí? ¡Las agonías  
que mi pecho devoran, los tormentos

que sufro en este instante, ya debían  
acabar mi existencia miserable!  
Pero aún es tiempo; la venganza anima  
mi corazón: volemós; ¡este acero  
empapado en la sangre de Virginia,  
vuelva la libertad a los romanos!  
¡Perdona, sombra amada de mi hija!  
Por la infamia o la muerte amenazada,  
no debí vacilar: ¡era precisa  
esta piedad cruel! . . .

#### ISILIO

(*Al pueblo.*)

¡Al fin triunfamos!

La libertad ya está restablecida,  
ved mi acero empapado con la sangre  
de los agentes de la tiranía;  
al furor que animaba nuestras almas  
en vano los infames resistían.

La libertad triunfó; pero el tirano  
ha logrado salvarse con la huída.  
¿Mas dónde irá que libertarse pueda?  
Sobre su frente criminal, escrita  
llevará su sentencia el miserable:  
morirá y sus entrañas, divididas  
en mil pedazos, servirán de pasto

a las sangrientas aves de rapiña.  
Ya Roma es venturosa, ¡sólo yo  
desventurado soy! Virginia mía,  
¿No me oyes? ¿no respondes a las voces  
de tu Isilio infeliz? La losa misma  
que guarde tus cenizas adorables,  
cubra también las desdichadas mías.  
Sí, yo te sigo: tú eras mi esperanza,  
mi única gloria, mi única delicia;  
¿cómo vivir sin ti? Tú me animabas;  
tú sola mi existencia sostenías.  
Ya no leeré en tus ojos mi ventura;  
ya de tus labios la celeste risa  
nunca, nunca veré, y en adelante  
tormentos y dolor será mi vida.  
¡Ah! no: ¡termine de una vez! ¡La tumba!  
He aquí mi asilo y la esperanza mía.  
¡Padre desventurado! ¡Amado padre!  
Vuestra heroica crueldad así me priva  
de cuanto más amé sobre la tierra.  
Condenaros no puedo: era preciso  
vivir; vivid para servir a Roma  
de apoyo y defensor: yo de Virginia  
voy a seguir la suerte, y su sepulcro  
el término será de mis desdichas.  
Yo no podré vivir: a todas horas  
la imagen pura, celestial, divina

de mi adorado bien, ante mis ojos  
se me presentará. Su voz querida  
me acordará el sagrado juramento  
de morir juntos. Sí, Virginia mía,  
yo te voy a seguir.

*(Se va a herir.)*

#### VIRGINIO

¡Tente, cobarde!

¿Es menos mi dolor y mis desdichas?  
La amargura, las penas y tormentos  
que sufre en este instante el alma mía,  
no es fácil comprender. Sólo los padres  
que hayan visto morir sus caras hijas,  
lo podrán conocer. Pero cobardes,  
¿por huir del dolor que nos fatiga  
buscaremos la tumba? ¿Se acabaron  
nuestros deberes ya? La patria misma  
el sacrificio de existir demanda:  
ella de nuestros brazos necesita;  
tengamos, pues, valor: nada hemos hecho,  
si es inútil la sangre de Virginia,  
ella misma del fondo del sepulcro  
nos ordena vivir. Cuando tranquila  
disfrute Roma sus derechos santos;  
cuando la libertad establecida

no tenga que temer, entonces puedes  
disponer como quieras de tu vida.  
¿Olvidas que Apio vive, y que él la causa  
fue de la muerte de mi amada hija?  
¿morirás antes que él? ¿Se extinguió acaso  
la venganza que debe todavía  
en tus venas arder?

### ISILIO

No, amado padre:  
nuevo furor mi corazón anima;  
la voz de mi odio mi dolor suspende;  
mi alma implacable no estará tranquila  
hasta ver al tirano entre tormentos  
expirar: sus horribles agonías  
mi delito serán. Sombra adorada,  
idolatrada sombra de Virginia,  
aun vengada no estás ¡con sangre impura  
aplacaré tus manes! Tu divina,  
tu celestial imagen en mi pecho  
grabada sin cesar, siempre querida  
conducirá mi brazo victorioso.  
cuando vengada estés: el alma mía  
a unirse con la tuya irá volando  
a las mansiones de la eterna dicha.

## VIRGINIO

¡Pueblo romano! ¡Ved lo que me cuesta  
hoy vuestra libertad! ¡ved a mi hija  
de su sangre cubierta! ¡ved mi esposa  
muriendo de dolor: ved las impías  
angustias que destrozan a mi pecho!  
Si el honor apreciáis de vuestras hijas;  
si queréis conservarlas siempre puras  
y la suerte evitarles de la mía;  
si no queréis probar la horrible pena  
que estáis mirando en mi semblante escrita;  
si apreciáis vuestros bienes; si os es cara  
la paz y la quietud; si sin mancilla  
vuestro honor conservar queréis acaso,  
no consintáis jamás la tiranía:  
¡la santa libertad es el primero  
de los dones que el cielo nos envía!  
Procurad conservarla a toda costa.  
Los bienes, la quietud, la vida misma  
debéis sacrificar en su defensa.  
Guardaos del hipócrita que grita:  
ley, virtud, libertad, y en sus acciones  
muestra que sólo su interés lo guía.

Yo os hago el sacrificio de mi sangre,  
y otro mayor aún; pues que mi vida  
a pesar del dolor que me devora  
pretendo conservarla todavía;  
que estériles no sean, pues, mis tormentos;  
venid todos: jurad sobre la herida  
de esta joven beldad; sobre esta arma  
en su sangre purísima teñida,  
odio y eterna guerra a los tiranos.

*(Jurando sobre la espada.)*

TODOS

¡Viva la libertad!

VIRGINIO

¡Sí, siempre viva!  
Reine en el mundo: su celeste imagen  
forme en el universo las delicias:  
que todas las naciones reconozcan  
que sólo en ella su existir se afirma.  
Del uno al otro extremo de la tierra  
la virtud santa extienda su divina

y celestial influencia. ¡La ley sola nos debe guiar, romanos!

PUEBLO

¡La ley viva!

VIRGINIO

Establezcamos un gobierno sabio de paz y de verdad que nuestra dicha sepa formar: do la virtud se premie y se castigue la maldad impía.

En tanto que mi pecho se desahoga con llanto de dolor sobre esta hija, este objeto de pena y de ternura que era mi único amor y mis delicias, dad al cielo las gracias, y entregaos al contento, al placer, a la alegría que los supremos dioses os conceden.

TODOS

¡Viva la libertad!

VIRGINIO

¡La virtud viva!

Y cuando se halle establecida en Roma,  
en dulce paz acabaré mis días.

ISILIO

¡Si al combatir al déspota sangriento  
no arranca con sus manos mi existencia,  
el cruel dolor que acá en mi pecho siento  
con ella acabará, y en tu presencia  
junto de Dios tendremos un asiento  
pues yo lo espero así de su clemencia!

FIN DE LA TRAGEDIA

## INDICE

<i>La tragedia de Fernando Calderón.</i>	
Estudio preliminar de Francisco Mon- terde . . . . .	7
<i>Muerte de Virginia por la libertad de Ro- ma. Personajes . . . . .</i>	25
Acto primero . . . . .	27
Acto segundo . . . . .	55
Acto tercero . . . . .	75
Acto cuarto . . . . .	99

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,  
BAJO LA DIRECCIÓN DE RUBÉN  
BONIFAZ NUÑO, SE TERMINÓ LA  
IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO EL DÍA  
14 DE JULIO DE 1960. LA EDICIÓN  
ESTUVO AL CUIDADO DE MARIO CA-  
SAS R. SE HICIERON 1,500 EJEM-  
PLARES.